

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

La granja cerca de San Lúcas.

Salen MARIANA *y un* PAJE.

PAJE. (Canta.) *Quita esos labios que arteros
Juráronme tierna fe,
Y esos ojos, dos luceros, .
A cuyos rayos cegué.
Mas devuélveme aquel beso
Que te dí:
Iba en él mi amor impreso
¡Ay! no en tí.*

MAR. Suspende tu canción, y véte pronto:
Que aquí se acerca quien me trae consuelo;
El hombre que aplacó mil y mil veces
Con sus consejos mi rebelde pena. (Vase el paje.)

Sale el DUQUE, *disfrazado.*

Perdon te pido, y créelo, casi siento
Que tan jovial, al parecer, me hallaras.
Perdóname, te ruego: no alegría,
Consuelo daba el canto al alma mía.

DUQUE. Bien; mas su magia á veces es tan fuerte,
 Que el mal en bien, el bien en mal convierte.
 Dime, te ruego, si ha venido hoy álguien aquí
 en busca mia. Tengo una cita aquí, próxima-
 mente á esta hora.

MAR. Nadie ha preguntado por ti: he estado sen-
 tada aquí todo el dia.

Sale ISABEL.

DUQUE. No puedo dudar de tu palabra. Ya llegó
 la hora. Ruégote que te ausentes por breve
 rato; quizá te llamaré luego para comunicarte
 cierto asunto que será en tu provecho.

MAR. Te quedo siempre agradecida. (Váase.)

DUQUE. Muy bien hallada y bien venida seas.

¿Qué nuevas traes del probo delegado?

ISAB. Tiene un jardin cercado de una tapia

Que hácia poniente á cierta viña cae;

A cuya viña, entrada da una puerta

Que abre esta llave, la mayor; esta otra

A cierto postiguillo corresponde

Que de la viña á su jardin conduce.

Le he prometido estar allí sin falta

A la hora funeral de media noche.

DUQUE. ¿Pero darás con el camino luego?

ISAB. En todo me fijé con gran cuidado.

En baja voz y con afan culpable

Mostróme, haciendo que notase todo,

Dos veces el camino.

DUQUE.

¿Y otra seña

No os disteis, que es forzoso que ella observe?

ISAB. No, nada más que dar con él á oscuras.

Mas le hice comprender que breve rato

Podria estar con él; pues llevaria

Conmigo una doncella, así le dije,

Que persuadida está que acudo á verle

Por causa del hermano.

DUQUE. Bien urdido.
 Aún no he comunicado á Mariana
 Ni una palabra de esto.—¡Sal, doncella!

Sale MARIANA.

Te ruego que conozcas á esta jóven,
 Pues viene á hacerte un bien.

ISAB. Es mi deseo.

DUQUE. ¿Tienes la convicción de que te estimo?

MAR. Buen fraile, bien lo sé por experiencia.

DUQUE. Pues á tu buena amiga da la mano;

Y escucha lo que tiene que contarte.

Aquí os aguardaré. Mas dáos prisa;

La noche vaporosa ya se acerca.

MAR. Vente conmigo á un lado, si te place.

(Váuse Mariana é Isabel.)

DUQUE. ¡Poder, grandeza, en ti se clavan miles,

Millones de ojos; tomos de censura

Con falsas y encontradas quejas siguen

La pista á tus acciones; mil graciosos

Te hacen origen de sus locos sueños,

Y allá en sus fantasías te trasiegan!

Salen MARIANA é ISABEL.

Muy bien venidas. ¿Os hallais de acuerdo?

ISAB. Se atreve, padre, á acometer la empresa,

Si tú lo apruebas.

DUQUE. No lo apruebo sólo,

Lo exijo así.

ISAB. (A Mar.) Tendrás que hablarle apenas.

Cuando te alejes sólo, di en voz baja:

«No olvides á mi hermano.»

MAR. Nada temas.

DUQUE. Ni tú tampoco nada temas, hija.

Es tu marido por contrato prévio:

Juntaros de esta suerte no es delito,

Puesto que tu derecho á reclamarle
Santifica el engaño. Ven, partamos:
Pues ¿qué hemos de coger, si no sembramos?
(Vánse.)

ESCENA II.

La cárcel.

Salen el ALCAIDE y POMPEYO.

ALC. Ven acá, tunante. ¿Te sientes capaz de cortarle la cabeza á un hombre?

POM. Si fuere soltero, sí; si fuere casado, sería cabeza de su mujer, y nunca me sentiré capaz de cortarle la cabeza á una mujer.

ALC. Vamos, déjame ya de retruécanos, y dame una respuesta categórica. Mañana á primera hora han de morir Claudio y Bernardino. Hay en esta cárcel un verdugo de ordenanza, el cual necesita un subalterno que le ayude en su oficio: si te atreves á prestarle auxilio, eso te librará de tus grillos; si no, tendrás que cumplir tu condena, y recibirás al recobrar tu libertad una zorra bárbara; pues has sido alcahuete notorio.

POM. Señor, es verdad que he sido desde tiempo inmemorial alcahuete á despecho de la ley; pero ahora me inclino á ser legítimo verdugo. Recibiré con gusto alguna enseñanza de mi colega.

ALC. ¡Hola! ¡Horrorez! ¿Dónde estás? ¡Horrorez!

Sale HORROREZ.

HORR. ¡Llamais, señor?

ALC. Aquí tienes á un mozo que te ayudará mañana en la ejecución. Si te parece bien, ajústale

por años, y que se quede aquí contigo; si no, empléale por esta vez, y despídele luego. No podreis reñir por cuestion de honra, pues fué alcahuete.

HORR. ¡Alcahuete, señor! ¡Mala landre le coma! desacreditará nuestro arte.

ALC. ¡Calla, bribon! Allá os ireis los dos: si os pesaran, bastaría una pluma á inclinar la balanza. (Vase.)

POM. Hidalgo, he oido llamar arte á la pintura; y como las rameras, en cuyo gremio he tenido la honra de servir, gentilhombre, suelen entender de pintura, creo que esta circunstancia sea parte á elevar mi oficio al grado de arte; pero qué arte puede haber en el oficio de verdugo es lo que no concibo, aunque me diera garrote vuesa merced.

HORR. Te digo que es un arte.

POM. La prueba.

HORR. Siempre le viene bien al ladron la ropa del hombre honrado; si le viene estrecho al ladron, al hombre honrado se le figura que le viene muy ancho; y si le viene ancho al ladron, se le figura á éste que le viene muy estrecho: de suerte que siempre le viene bien al ladron la ropa del hombre honrado (1).

Sale el ALCAIDE.

ALC. ¿Estais de acuerdo?

POM. Sí, señor; le serviré; pues advierto que es oficio más penitente el de verdugo que el de alcahuete: pide más á menudo perdon.

ALC. Tú, verdugo, ten preparado tu tajo y hacha para mañana á las cuatro.

(1) Aunque la edicion inglesa no lo indica, debe haber aquí alguna omision ó adulteracion en el texto.

HORR. Vente conmigo, alcahuete; te instruiré en mi oficio; sigueme.

POM. Tengo grandes deseos de aprender, hidalgo; y si alguna vez tuvierais ocasion de necesitar de mis servicios, espero que quedareis satisfecho de mi habilidad; pues á decir verdad, hidalgo, vuestra bondad hácia mí os hace acreedor á mi agradecimiento.

ALC. Mandad que vengan Claudio y Bernardino.
(Vánse Pompeyo y Horrorez.)

Me apiada aquel, no él asesino; fuera
Mi propio hermano, y le gritara: ¡muera!

Sale CLAUDIO.

Mira aquí, Claudio, la órden de tu muerte.
Es media noche en punto, y á las ocho
Mañana irás á tu morada eterna.
¿Bernardino dó está?

CLAUD. Sumido en sueño
Tan hondo está como el cansancio cuando
Tieso los miembros del viajero embarga.
No quiere despertar.

ALC. Nada le mueve.
Vé, pues, y te prepara. (Llaman de otro.)

¡Callad llaman.

Su ayuda te dé Dios. (Váse Claudio.)

—Ya van. ¡Paciencia!

¡Oh, fuera algun indulto ó tregua para
El pobre Claudio!

Sale el DUQUE, *disfrazado.*

Padre, bien venido.

DUQUE. Los genios más benignos de la noche
Te amparen, buen alcaide. ¿Vino alguno?

ALC. No, nadie, desde el toque vespertino.

DUQUE. ¿Ni áun Isabel?

- ALC. No tal.
- DUQUE. Vendrán en breve.
- ALC. ¿Hay para Claudio alivio?
- DUQUE. En la esperanza
Aún queda alguno.
- ALC. Es duro el delegado.
- DUQUE. No tal, no tal; su vida paralela
Va con la norma de su gran justicia:
Domina en sí con abstinencia santa
Lo que, aguijando su poder, se esfuerza
A amortiguar en otros. Si tiznase
Su honor lo que condena, fuera entónces
Tirano; pero es justo así. (Llaman dentro.)
Ya vienen. (Váse el Alcaide.)
- El hombre es blando. Rara vez humano
Se muestra el duro alcaide con su hermano.
(Llaman dentro.)
- ¡Qué golpes dan! Premura al duende acosa
Que da á paciente puerta tales golpes.

Sale el ALCAIDE.

- ALC. (Hablando con uno dentro.)
Allí tendrá que estarse mientras llegue
A abrirle el oficial. Ya le han llamado.
- DUQUE. ¿No tienes contraórden para Claudio?
¿Ha de morir mañana?
- ALC. Nada tengo.
- DUQUE. Aunque está cerca el alba, ántes que raye,
Habrás algo nuevo, alcaide.
- ALC. Por ventura
Algo sabrás; mas lo que es contraórden
No habrá, me temo. No hubo ejemplo de eso.
Por otra parte, desde la alta sede
De la justicia ha declarado el conde
Públicamente al pueblo lo contrario:
Que no ha de ser.

Sale un MENSAJERO.

Un nuncio del regente.

DUQUE. Vendrá el perdonde Claudio conel mismo.

MENS. (Dando un papel al Alcaide.) Mi señor te envia esta esquela, y por mi boca este aviso además: que no te apartes en lo más mínimo de lo que en ella te manda, ni en cuanto al tiempo, al asunto, ù otra circunstancia alguna. Buenos dias; pues segun pienso, ya despunta el alba.

ALC. Le obedeceré. (Váse el Mensajero.)

DUQUE (Aparte).

Es su perdon; por crimen tal comprado,
Que el que perdona viene á ser culpado.
Así florece el vicio y se acrecienta,
Cuando el poder lo ampara y lo fomenta.
Merced que engendra vicio tál se extiende,
Que ampara por la fuerza á aquel que ofende.
¿Qué nuevas hay?

ALC. Te lo dije. El conde Angel, juzgándome tal vez remiso en el desempeño de mi cargo, me avisa por medio de esta inusitada excitacion.

Cosa extraña, pues nunca acostumbra hacerlo.

DUQUE. Oigamos lo que dice, te ruego.

ALC. (Lee.) « Aunque oigas lo que oyeres en contra de ello, manda ajusticiar á Claudio á las cuatro de la mañana, y por la tarde á Bernardino. Para mayor seguridad, mándame la cabeza de Claudio á las cinco. Cumple mi mandato con toda exactitud; y ten entendido que de ello depende mucho más de lo que deba manifestarte ahora. Por lo tanto, no dejes de cumplir tu obligacion, pues tendrás que responder de todo con tu propia vida.» ¿Qué dices de esto, padre?

DUQUE. ¿Quién es ese Bernardino que ha de ser ajusticiado por la tarde?

ALC. Un bohemio, jitano de nacimiento, pero

criado y educado aquí. Hace nueve años que está preso.

DUQUE. ¿Cómo fué que el duque ausente no le devolvió la libertad, ó no le mandó ejecutar? Segun he oido, tal era su costumbre.

ALC. Sus amigos lograron alargar la causa; y en efecto, no se ha obtenido una prueba fehaciente hasta hace poco, bajo el gobierno del conde Angel.

DUQUE. ¿Está convicto ya?

ALC. Hasta la evidencia, y él no lo niega.

DUQUE. ¿Hase mostrado arrepentido durante su encierro? ¿Parece estar afectado?

ALC. Es hombre á quien le importa ménos morir que tomar una borrachera: abandonado, indiferente y sin miedo á lo pasado, á lo presente ni á lo porvenir; insensible á la muerte, y un asesino desesperado.

DUQUE. Ha menester consejo.

ALC. Ni escucharlo quiere. Ha estado siempre muy á sus anchas en la cárcel: si le diereis permiso para escaparse de aquí, no lo aprovecharia; está borracho muchas veces durante el dia, cuando no completamente durante muchos dias. Muchas veces le hemos despertado como para conducirle al patíbulo, y le hemos enseñado una orden falsa: no le ha causado la menor impresion.

DUQUE. Luego hablaremos de él. Alcaide, llevas grabada en tu frente honradez y firmeza; si leo mal, es que me hace traicion mi antigua experiencia. Entre tanto, fiado en la destreza de mi astucia, me aventuro á correr el albur. Claudio, á quien tienes ya orden de ajusticiar, no es en nada más culpable á los ojos de la ley que el mismo Angel que le ha sentenciado. Para convencerte mediante pruebas manifiestas, no te pido más que una tregua de cuatro dias; para

lo cual es menester que me hagas un favor tan inmediato como peligroso.

ALC. ¡Cuál? si os place.

DUQUE. El de aplazar su muerte.

ALC. ¡Ay! ¿cómo podré hacerlo, teniendo la hora limitada, y órden terminante de presentar, bajo pena de muerte, su cabeza á Angel? Me veria en el mismo caso que Claudio, si faltase en lo más mínimo á lo mandado.

DUQUE. Te juro por el sacro voto de mi órden que saldré fiador por cuanto hicieres, si te resuelves á dejarte guiar por mis instrucciones. Haz ajusticiar esta mañana á ese Bernardino y que lleven su cabeza á Angel.

ALC. Angel ha visto á los dos, y conocerá el engaño.

DUQUE. La muerte lo disfraza todo, y tú puedes prestarla ayuda. Rasúrale el pelo y arregla la barba; y di que exigió el mismo reo ántes de la ejecucion, que se le rapase de esa suerte; ya sabes que es cosa comun. Si sacas de esta accion otra cosa que las gracias y una buena recompensa, juro por el santo de mi devocion, que abogaré en tu defensa con la propia vida.

ALC. Perdóname, padre; fuera infringir mi juramento.

DUQUE. ¿A quién prestaste juramento, al duque ó al delegado?

ALC. A él y á sus sustitutos.

DUQUE. ¿Crearás que no has cometido ofensa alguna, si el mismo duque atestigua la rectitud de tu proceder?

ALC. ¿Y qué probabilidad hay de eso?

DUQUE. No probabilidad, sino certeza. Pero ya que veo que es tal tu miedo que ni mi hábito, ni mi integridad, ni mis persuasiones son parte á resolverte, iré aun más allá del límite que me habia propuesto, á fin de desvanecer tus rece-

los. Mira, aquí tienes la rúbrica y el sello del duque: bien conoces su letra, lo sé; y el sello no te debe ser extraño.

ALC. Conozco entrambos.

DUQUE. El contenido de esta carta anuncia el próximo regreso del duque: la leerás luego á tu sabor; y verás por ella que estará de vuelta dentro de dos días. Angel ignora por completo esta circunstancia, pues debe recibir hoy mismo cartas de tenor extraño, anunciando tal vez la muerte del duque, tal vez su entrada en algun monasterio; pero nada de lo que está escrito aquí. Mira, el lucero del alba ya despierta al pastor. No te cause asombro el cómo y por qué de estas cosas: toda dificultad parece fácil una vez conocida. Llama al verdugo, y caiga la cabeza de Bernardino: le tomaré inmediatamente la confesion, y le prepararé para un lugar mejor. Aún te dura el asombro; pero esto hará que te resuelvas del todo. Ven, pues; es casi de dia claro. (Vanse.)

ESCENA III.

La cárcel.

Sale POMPEYO.

POM. Soy tan conocido aquí como en nuestra casa de trato: cualquiera diria que era esta la propia casa de la dueña Pordemás, pues aquí se reunen no pocos de sus antiguos parroquianos. En primer lugar, está aquí el caballerito Audaz: está preso por la friolerilla de unas resmas de papel de estraza y unas libras de jengibre; todo junto, cosa de siete arrobas y quince libras; de lo cual sacó cinco escudos en dinero contante; por cierto

que el jenjibre entónces no debía tener gran salida: habria habido, sin duda, una mortandad grande de viejas. Luego está aquí tambien un tal hidalgo Cabriola, procesado por el compadre Bocaci, el mercero, el cual le reclama cuatro cortes de raso negro, para devolverlos cuales se ha de ver él mismo negro. Tenemos aquí además al jóven Vértigo, y al jóven hidalgo Votoredondo, y al señor Espueladecobre, y al valiente Mataiacayos, el diestro de espada y daga, y al caballero Horcaespera, quien mató al compadre Gachas, y al hidalgo Rompelanzas, el justador, y al valiente señor Maletilla, el gran viajero, y al turbulento Mediacaña, que le vació el cráneo al pobre Botellas, y creo que á otros cuarenta de la misma ralea: todos gente de provecho para nuestro oficio, y hémelos aquí sin más amparo que el de Dios.

Sale HORROREZ.

HORR. ¡Hola, tunante! trae acá á Bernardino.

POM. ¡Señor Bernardino! ¡Es menester que os levanteis para que os ahorquen, señor Bernardino!

HORR. ¡Eh! ¡hola! ¡Bernardino!

BERN. (Dentro.) ¡Que un rayo os parta las gargantas! ¡Quién arma ese ruido? ¡Quién eres?

POM. Vuestro buen amigo el verdugo. Señor mío, tendreis la amabilidad de levantaros y de dejaros ahorcar.

BERN. (Dentro.) ¡Largo, bribon, largo! Tengo sueño.

HORR. Dile que es forzoso que se despabile, y pronto.

POM. Por Dios, señor Bernardino, sacudid el sueño hasta que os hayan degollado, y dormid luego.

HORR. Entra y sácale.

POM. Ya viene, señor, ya viene: oigo crujir la paja.

HORR. ¿Está el hacha en el tajo, tunante?

POM. Todo está listo, señor.

Sale BERNARDINO.

BERN. ¿Qué tal, Horrorez? ¿qué hay de nuevo?

HORR. A decir verdad, quisiera que te entregaras un rato á tus rezos; pues, mira, aquí está la órden.

BERN. ¡Bellacos! He pasado la noche entera bebiendo; no estoy preparado para eso.

POM. Tanto mejor, gentilhombre; pues si despues de beber toda la noche le ahorcan á uno por la mañana tempranito, tanto mejor podrá dormir durante todo el dia siguiente.

HORR. Mira, aquí viene el padre confesor. ¿Crees aún que es broma?

Sale el DUQUE, disfrazado.

DUQUE. Buen hombre, movido por mi caridad, y habiendo oido cuán próximo estaba la hora de tu partida, vengo á aconsejarte, á ofrecerte consuelo, y á rezar contigo.

BERN. Nada de eso, fraile. He estado bebiendo largo toda la noche, y me han de dar más tiempo para ponerme bien con Dios, ó de otro modo, que me aplasten los sesos con porras. Lo cierto es que no me conformo con morir hoy.

DUQUE. Amigo, es fuerza, y por lo tanto, ruego que midas la jornada que te espera.

BERN. Juro que no hay persuasion en hombre capaz de hacerme morir hoy.

DUQUE. Pero escucha.

BERN. Ni una palabra. Si tienes algo que decir-

me, vente á mi calabozo; pues de allí no salgo hoy. (Váse.)

DUQUE. Cual de vivir, es de morir indigno.

¡Pecho de pedernal! Seguidle, mozos;
Y arrastrado al patíbulo sin tregua.

(Vánse Horrorez y Pompeyo.)

Sale el ALCAIDE.

ALC. ¿Cómo encuentras al preso, padre?

DUQUE. Indigno;

Aún no está preparado para el trance;
Y fuera criminal llevarle al rollo
En tal estado.

ALC. Aquí en la cárcel, padre,
Murió de cruda fiebre esta mañana
Ragozin, un pirata muy notorio,
De igual edad que Claudio, y barba y pelo
De idéntico color. ¿Qué te parece
Si aplazase el castigo del malvado
Hasta que se arrepienta, y procurase
Satisfacer al juez con la cabeza
De Ragozin, más parecido á Claudio?

DUQUE. Es una suerte que nos manda el cielo.
Hazlo al instante, pues se acerca la hora
Fijada por el conde, cuya orden
Harás cumplir al punto, mientras trato
De hacer morir contrito al insensato.

ALC. Luego se hará, buen fraile; pero es fuerza
Que hoy por la tarde muera Bernardino.
¿Y cómo proceder con Claudio luego,
Para ponerme á salvo del constante,
Peligro que, sin duda, correria,
Si se llegase á averiguar que vive?

DUQUE. Haz esto: ocultos en prision secreta
Encierra á Claudio y Bernardino, y ántes
Que el sol dos veces haya saludado
En cotidiano giro á los mortales,
Créeme, tendrás seguridad completa.

ALC. Gustoso te obedezco.

DUQUE. Vé, despacha:

Y manda al delegado la cabeza. (Vase el Alcaide.)

Al punto escribiré cartas al conde
(Las llevará el alcaide), por las cuales
Sabrá que me hallo cerca de mi córte,
Y que motivos de importancia suma
Me obligan á hacer pública mi entrada.
Le mandaré que salga á recibirme
A la vótiva fuente, que una legua
Dista de la ciudad, y desde donde
Procederé con Angel poco á poco,
Con método formal y bien medido.

Sale el ALCAIDE.

ALC. Aquí está la cabeza; iré yo mismo.

DUQUE. Así conviene; pero vuelve pronto;

Pues necesito hablarte de un asunto,
A tus oídos sólo reservado.

ALC. Volando voy. (Vase.)

ISAB. (Dentro.) Paz reine en este sitio.

DUQUE. La voz es de Isabel. Vendrá á informarse

De si llegó el indulto de su hermano.
Tendréla en ignorancia de su dicha,
Para trocar su angustia en santo alivio
Cuando ménos lo espere.

Sale ISABEL.

ISAB. Con licencia.

DUQUE. Buena alborada, dulce y casta niña.

ISAB. Mejor, viniendo de un varon tan santo.

¿Mandó el indulto de mi hermano el conde?

DUQUE. Hija, le ha libertado de este mundo.

Cortaron su cabeza, y al regente
Se la llevaron.

ISAB. ¿Cómo? ¡No es posible!

DUQUE. No de otra suerte fué. Demuestra, hija,
En tu resignacion tu gran cordura.

ISAB. ¡Oh! iréle á ver; ¡le sacaré los ojos!

DUQUE. No serás admitida á su presencia.

ISAB. ¡Claudio infeliz! ¡Ay Isabel cuitada!

¡Pérfido mundo! ¡Ay, Angel maldecido!

DUQUE. Así, ni ofendes á él, ni á ti te ayudas.

Déjalo, pues; y á Dios tu causa fia.

Fíjate bien en lo que digo, y cada

Silaba te dirá que es verdad pura.

Mañana torna el duque... Enjuga el llanto.

Su confesor, un fraile de mi órden,

Me dió la nueva, y por igual conducto

Llegó á noticia de Escalo y de Angel;

Quiénes á recibirle se disponen

Delante de las puertas, y á rendirle

El mando allí. Si puedes, encamina

Tu juicio por la senda que te trazo,

Y saciarás tu saña en el infame,

Venganza lograrás, merced del duque,

Y aplauso universal.

ISAB. Sé tú mi guía.

DUQUE. Vé, y á fray Pedro entrega aquesta carta,

En que el regreso me anunció del duque.

Por esta seña, dile que deseo

Verle esta noche en casa de Mariana.

Pondréle en autos de tu afan y el suyo;

Al duque os llevará, y en cara á Angel,

Su infamia delátadle. A mí me liga

Un sacro voto que tendráme ausente.

Vé tú con esta carta; y de tus ojos

Con alma alegre ahuyenta el triste llanto.

Y cree, por mi órden sacra, que te llevo

Por el mejor camino.—¿Quién se acerca?

Sale Lucio.

LUCIO. Buenas noches, fraile. ¿Dónde está el alcaide?

DUQUE. No está en la cárcel.

LUCIO. ¡Oh, linda Isabel! hasta mi corazón palidece al ver tus enrojecidos ojos. Es menester paciencia. Tengo que acostumbrarme á no comer ni cenar más que pan y agua; no me atrevo á llenarme la panza por temor de mi cabeza: una comida abundante fuera bastante para hacerme pecar. Pero dicen que llegará mañana el duque. A fe mía, Isabel, quería con extremo á tu hermano. Si el viejo, fantástico duque, ese husmeador de rincones se hubiese estado en casa, viviría aún. (Váse Isabel.)

DUQUE. Hidalgo, poco os tiene que agradecer el duque la fama que le vais eriendo: lo mejor del caso es que no le cuadra.

LUCIO. Fraile, te digo que no conoces al duque tan bien como yo: es más diestro cazador de lo que tú te imaginas.

DUQUE. En fin, os costará caro algún día. Adios.

LUCIO. No, espera, me iré contigo; te contaré lindos cuentos del duque.

DUQUE. A ser ciertos, hidalgo, hartos me habeis contado ya; si no lo son, con uno sobrara.

LUCIO. Tuve que aparecer ante él una vez por haber dejado en cinta á una moza.

DUQUE. ¡Hicisteis cosa semejante?

LUCIO. Sí, por cierto; pero me apresuré á negarlo con juramento; de otra suerte me hubieran casado con la nispola podrida.

DUQUE. Hidalgo, vuestra conversacion es más divertida que honesta. Quedad con Dios.

LUCIO. Por mi vida, te he de acompañar hasta la próxima esquina. Si te ofende esta charla obscena, no te cansaré más con ella. Sí, fraile; soy una especie de cadillo; no hay quien me sacuda. (Vánse.)

ESCENA IV.

Una sala de la casa de Angel.

Salen ANGEL y ÉSCALO.

Esc. Cada carta que me escribe contradice la anterior.

ANG. De la manera más extraña é inexplicable. Su modo de proceder tiene algo de locura. Dios quiera que su juicio no esté alterado. ¿Y á qué viene eso de recibirle en la puerta de la ciudad y dimitir allí nuestros cargos?

Esc. No lo adivino.

ANG. ¿Y á qué mandarnos proclamar una hora antes de su entrada que si álguien tiene motivo para pedir satisfaccion por alguna injusticia, manifieste su peticion en la plaza pública?

Esc. Da su razon para eso: quiere rematar de una vez con las quejas todas, y ponernos á salvo de estratagemas futuras, los cuales, de esa suerte, no podrán hacernos fuerza alguna.

ANG. Pues bien, te ruego que lo mandes proclamar por la mañana temprano; iré á buscarte á tu casa, y comunícalo á todas las personas que por su rango ó empleo tengan que asistir á su entrada.

Esc. Así se hará, señor. Dios te guarde.

ANG. Buenas noches. (Váse Escalo.)

Aquella accion me postra por completo,
Me enerva, y me hace inepto para todo.

¡Una inocente virgen desflorada!

¡Y por el juez más alto, que severo

Quiso esforzar la ley contra ese crimen!

A no vedar su cándida modestia

Que de su honor la pérdida pregone,

¡Cuál me pudiera avergonzar su lengua!

Mas la razon la enfrena; pues mi fama
 Cargada va de crédito tan grande,
 Que al maldiciente que una vez se atreve
 A criticarla, sin piedad confunde.
 Él no debió morir; pero temia
 Que en tiempo porvenir, con fiero intento,
 Su loca juventud tal vez pudiese
 Tomar venganza por aquel ultraje:
 La deshonrosa vida, rescatada
 Con tan cruel baldon. ¡Viviese al ménos!
 ¡Ay! ¡sí una vez del bien nos apartamos,
 Todo va mal, é inciertos vacilamos! (Váse.)

ESCENA V.

Campo fuera de la ciudad.

Salen el DUQUE, en su propio traje, y FRAY PEDRO.

DUQUE. Dame estas cartas á debido tiempo:
 (Le da unas cartas.)

Sabe el alcaide nuestro intento y trama.
 La cosa marcha, cumple, pues, mi encargo
 Y sigue siempre el prefijado rumbo,
 Por más que algunas veces te desvies
 Acá ó allá, según el caso exija.
 Vé á ver á Flavio, y donde aguardo dile;
 Y da á Roldan, á Valentin y Craso
 La misma nueva, y mándales que lleven
 Los trompeteros á la puerta; pero
 Venga ante todo Flavio.

FR. P. Harélo al punto. (Váse.)

Sale VARRIO.

DUQUE. Gracias por la premura, noble Varrío:
 Partamos, ven. En breve otros amigos
 Saldrán á saludarnos, Varrío mio. (Vánse.)

ESCENA VI.

Una calle próxima á la puerta de la ciudad.

Salen ISABEL y MARIANA.

ISAB. Me cuesta hablarle tan oblicuamente;
Diria la verdad; mas acusarle
Así, te toca á ti; pero él lo exige:
Dice, para velar mejor la trama.

MAR. Pues déjate guiar por él en todo.

ISAB. Tambien me dijo que, si por ventura
Hablase en pró del otro, en contra mia,
No lo extrañase; que era cual remedio
Que amarga con buen fin.

MAR. A fe, quisiera
Que el buen fray Pedro...

ISAB. Calla, el fraile viene.

Sale FRAY PEDRO.

FR. P. Venid, os he escogido un bravo puesto,
Donde estareis tan bien que el duque nunca
Podrá pasar sin veros. Los más nobles
Y graves ciudadanos se encaminan
Hacia la puerta por la cual su entrada
El duque en breve hará. Corred, por tanto.

(Vánse.)
